

Debo aclarar, que el siguiente es un relato ficticio e inspirado en una frase que pronunció el doctor Jacinto Convit, durante una de las tantas entrevistas que concedió en vida y con la cual despeja las dudas acerca de su postura sobre la nominación a un conocido galardón: ***“El premio Nobel no me quita el sueño, la cura contra el cáncer sí”***. ***Jacinto Convit (1913 – 2014)***

El mejor de los premios (Un cuento en homenaje a Jacinto Convit)

Por Andrea R. Travieso

Había pasado un largo rato, desde que el viejo reloj del Instituto de Biomedicina, anunció el final de la jornada laboral ese día, por lo que el buen doctor cerró la puerta de su oficina y se marchó a su casa a descansar. Aunque lucía visiblemente agotado, quizás por su avanzada edad, retirarse nunca iba a ser una opción para él.

-Nadie se jubila de una forma de vida- es lo que siempre decía, a quienes lo criticaban por pasar tantas horas entregado a su trabajo.

Un imprevisto en el camino, lo hizo desviarse aquella tarde de la ruta acostumbrada y de pronto, sin darse cuenta, se tropezó con algo que le llamó poderosamente su atención. Situado a un costado de la vía, se encontraba un frondoso árbol de acacia, alrededor del cual revoloteaban cientos de pequeñas mariposas amarillas. Aquella imagen, que parecía como sacada de una postal, sin duda alguna evocaba las memorias de su infancia en la Pastora, así que decidió detenerse para observarla mejor y poder respirar un poco del aire fresco.

-¡Ah, qué belleza!- exclamó en voz alta el doctor. Y luego añadió, en un tono más reflexivo: - En ocasiones, la vida en la ciudad puede sorprendernos con cosas maravillosas, incluso en los lugares más inesperados. En estos días, se ha vuelto raro toparse con estos pequeños milagros de la naturaleza, que el progreso ha hecho desaparecer poco a poco -.

-En realidad, el progreso no es tan malo como lo pintan- le dijo una voz, que parecía salida de la nada -Gracias a él, se han podido descubrir inventos que nos han permitido mejorar la calidad de vida o combatir las epidemias.

-Eso es muy cierto- asintió el galeno y luego se giró para mirar a su interlocutor, que resultó ser un muchacho, vigilando a su caballo mientras este se alimentaba, a solo unos metros de distancia. Como el doctor siempre había sentido un especial interés por la hípica, se dirigió lentamente hasta la cerca de púas, detrás de la cual se encontraban el joven (de nombre Juan David) y su bonito ejemplar bayo.

-Tiene muy buena estampa. ¿Es tuyo? – le preguntó, mientras extendía el brazo sobre el lomo del animal, para acariciarlo.

-Sí señor... Jooo Lázaro ¡Tranquilo!- le respondió Juan David, intentando también calmar al caballo que, obviamente, no estaba acostumbrado al contacto con personas extrañas.

-Lázaro... ese es un nombre bastante interesante, ¿tú mismo lo escogiste?- le volvió a preguntar el doctor.

-Sí, yo lo saqué de un pasaje de la Biblia, que a mi abuelo Miguel le gustaba mucho leer. Él me decía que le traía recuerdos, de cuando estuvo enfermo en su juventud- le reveló el chico.

-Uhhmm... Ya veo-, fue lo único que le contestó el doctor, quien no quiso seguir indagando más detalles sobre el tema, pues entendió inmediatamente de que se trataba. Solo se quedó pensativo, por unos segundos y después miró el reloj en su muñeca, notando que ya era hora de continuar su trayecto. Atrás en la distancia, se quedaron solos el muchacho y su caballo, mientras los últimos rayos del sol anunciaban la llegada de la noche sobre Caracas.

A la mañana siguiente, los titulares de diferentes medios informativos sorprendían al mundo anunciando una importante noticia: **-“El equipo de investigadores venezolanos, liderado por el doctor Jacinto Convit, ha anunciado que tras varios años de estudios, se logró sintetizar con éxito la primera “autovacuna” contra el cáncer de mama, estómago y colon”-**.

-¡Hey, no puede ser, pero si yo lo conozco!- exclamó Juan David, mientras observaba atónito la foto del doctor en la televisión. El muchacho no podía creer que se tratara del mismo señor, con el cual había estado conversando la tarde anterior. Se sentía como un verdadero tonto, pero quién se iba a imaginar que aquel anciano amable y de apariencia sencilla, era también un brillante científico. Incluso, su nombre se le hacía tan familiar, a pesar de que por más que trataba no lograba saber en qué otra parte lo había escuchado antes.

-Vamos, piensa Juan David, piensa- se decía a sí mismo, y así estuvo por un buen rato, dándose con el puño en la frente, hasta que por fin se acordó que, definitivamente, fue su abuelo don Miguel quien una vez le contó que allá por la década de los 60, a Jacinto Convit se le llegó a considerar como un verdadero salvador para muchos, incluido él mismo.

Por ese entonces, las autoridades sanitarias del país implementaron un audaz programa de vacunación obligatoria en todo el territorio nacional, con la esperanza de prevenir y erradicar algunas enfermedades infecciosas como la viruela, la poliomelitis o el sarampión. Esas campañas de inmunización en masa permitieron, como un beneficio adicional, que en las áreas más pobres o cercanas al campo se pudieran identificar y aislar los brotes de otras enfermedades altamente contagiosas, tales como la lepra y la leishmaniasis, para las cuales aún no existía una medicina que fuera efectiva.

Desafortunadamente, el destino de estos pacientes era esperar la muerte encerrados en centros especiales para su tratamiento, hasta que un día apareció un eminente médico de ojos azules, llamado Jacinto Convit, dispuesto a regalarles un granito de esperanza. Se trataba de un tratamiento “experimental” que, aunque no ofrecía muchas garantías, ya había sido probada en armadillos con muy buenos resultados, el cual consistía en varias inyecciones de la vacuna de tuberculosis, modificada y combinada con otros fármacos. Sin nada que perder, pero con mucho que ganar, esta terapia se comenzó a aplicar gratis a los enfermos de lepra y leishmaniasis, entre los cuales obviamente se encontraba don Miguel.

Y esta es la historia de cómo el doctor Convit le devolvió la vida al abuelo de Juan David, sanando sus úlceras, de la misma manera que un día lo hizo Jesús con el Lázaro del evangelio. Algo por lo cual estuvo eternamente agradecido, aun cuando no tuvo nunca la oportunidad de expresárselo en persona, porque lamentablemente, la gente muy importante se encuentra a menudo tan ocupada que a los demás les resulta un tanto difícil acercarse a ellos. Aunque, con algo de suerte y ahora que sabía quién era, tal vez su nieto podría cumplir de forma póstuma su deseo.



Solo necesitaba ir al lugar donde vio al doc por primera vez, permanecer muy atento y ¡zas!, entonces lo abordaría, justo en el momento cuando este pasara nuevamente por allí. Era un buen plan, pero el tiempo fue pasando sin tener ninguna señal del doctor, por lo que el muchacho comenzó a sentirse cansado de tanto esperar.

-Si tan solo yo lo hubiera podido reconocer cuando lo tuve cerca- se reprochaba Juan David, una y otra vez, convencido de que *“a la oportunidad la pintan calva”*, tal y como dice el dicho popular. Ya estaba casi a punto de olvidar todo aquel asunto, cuando hurgando entre las cosas de su abuelo, halló algo que lo hizo cambiar de opinión. Era una carta que Don Miguel le había escrito a Convit, y, sin dudarlo,

decidió enviarla a la dirección donde las noticias habían dicho que este trabajaba, no sin antes cruzar los dedos para que no se fuera a perder en el correo.

En efecto, pasado algún tiempo, el doctor recibió en su oficina un pequeño sobre, que venía mezclado con la correspondencia habitual. Reclinado en su silla, se acomodó los anteojos y empezó a leer su contenido, conmovido por las palabras de aquella humilde carta en cuyas líneas un hombre le hablaba sobre la gratitud y admiración que sentía para quien, más allá de sus muchas cualidades y destrezas como profesional, se había convertido en el héroe de corazón bueno y generoso que un día lo curó.

Al terminar, con una sonrisa de satisfacción en su rostro dobló el papel y lo colocó en un lugar especial de la vitrina detrás de su escritorio, en medio de todas sus medallas y reconocimientos, quizás en el mismo lugar donde debería estar el Nobel que una vez le negaron. Ese era un regalo que merecía ser atesorado allí y que superaba con creces a cualquier título que le hubieran podido dar, porque claramente no hay mejor premio para un buen médico, que un paciente sano y feliz. “Honor a quien honor merece”.